



EL NIÑO ARTILLERO.

I.

A pesar de sus muchos años, el viejo soldado de Morelos se entusiasmaba con el relato de sus campañas, no careciendo de elocuencia sus conversaciones.

Le conocí ya muy anciano. Blancos, enteramente blancos los cabellos; el rostro rugoso y enjuto por la edad y por tener la boca desdentada, pero conservando en sus ojillos toda la vida y juventud que no tenía el cuerpo debilitado.

Sentábase en cómodo "equipal," con montera en la venerable cabeza, que dejaba entrever mechones de pelo rebelde y plateado; apoyaba las manos sobre un bastón, que de cuando en cuando izaba para accionar y para indicar en el piso lo que describía, forjándose la ilusión de que dibujaba planos de las batallas, de las fortalezas ó de las ciudades que fueron teatro de sus propias hazañas ó de las que le habían contado.

Las narraciones épicas de aquel viejecito, que en paz descansa, me cautivaban mucho; aún las conservo vivas en la memoria como si ayer las hubiera escuchado; y entre otras, ahora quiero escribir la siguiente, narrada por él con sencillez encantadora, que ojalá mi pluma pudiera reproducir.

II.

"—Luego que supimos en Cuautla que el feroz Calleja venía á sitiarnos, nadie descansó un instante.

"Todos los habitantes se aprestaron á sostener el sitio. Se acopiaban víveres y municiones, se abrían fosos y se levantaban trincheras, principalmente en las boca-calles por donde podía entrar el enemigo.

"¿Hubiera usted visto, joven, me decía, cómo todos nos ayudaban, secundando las órdenes y los planes de nuestro gran Morelos!"

Aquí el anciano hacía ademán de levantarse la montera, como homenaje póstumo á la memoria del que había sido su General. Debo advertir que siempre que pronunciaba su nombre, trataba de hacer lo mismo, y aun muchas veces le ví ponerse en pie y dejar rodar copiosas lágrimas, que se debía, llorando de entusiasmo.

"—Sí, joven, todos: los soldados de nuestras tropas y los vecinos de Cuautla; mujeres y hombres, ancianos y niños: todos se preparaban á la lucha.

"En la mañana del día miércoles 19 de Febrero de 1812, el realista Calleja, creyendo que iba á tomar luego la plaza, nos atacó por primera vez y con ímpetu.

"El empuje de sus fuerzas fué tremendo y prolongado. Duró más de seis horas. Retumbaban los disparos del cañón: silbaban las balas de los fusiles y las piedras de las hondas: chocaban las espadas en los encuentros personales, pues hubo puntos que por breves momentos llegaron á ocupar nuestros enemigos; y se hundían las puntas de las lanzas en las carnes de los que atrevidos habían saltado las trincheras, ó de los que acá adentro las defendíamos, chorreando sangre, pero ebrios de obtener victoria.

"De repente, cundió la voz entre nosotros de que Don Hermenegilco Galeana había perdido la plaza de San Diego, con tanto esfuerzo y valor defendida por los soldados que estaban á su mando.

"Aquí fué el ver caras pálidas y rostros de mujeres desfigurados. No por el miedo,

porque en Cuautla ni los niños lo conocían!, sino por la consideración de que triunfasen los realistas.

"Esa falsa alarma sembró confusión en los defensores de una de las calles orientales de la plaza de San Diego, que entonces llamaban "Callejón del Encanto," al que le hacían costado la casa de un tal Lazo, casa que después fué de mi comadre la Silva, y la cerca de la huerta que lindaba con el campo de cañas de San Martín.

"Tras de la trinchera del callejón había quedado abandonada una pieza de artillería, calibre de á 4, ya cargada y próxima á disparar la metralla destructora.

"Entonces un niño de doce á trece años de edad, llamado Narciso García Mendoza, natural del pueblo, y que á la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado Norte de la plaza de San Diego, vió venir la columna enemiga de dragones del Regimiento de Guanajuato, con su valiente y arrojado jefe á la cabeza, Don Diego de Rul, "Conde de Casa Rul," que montaba un alazán, hermoso y de gran alzada.

"Lós dragones venían á todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos, ahogándose por la fatiga, el calor y el polvo.

"Avanzan, llegan junto al parapeto en donde se encuentra el cañón solitario, al que sólo le hacían compañía mudos y yacentes soldados nuestros, que habían caído allí mortalmente heridos, pero vitoreando á nuestra causa y á nuestro gran Morelos.

"El niño García Mendoza no esperó más. Saltó sobre los muertos, pisó sobre la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección de la pieza.

"Uno de los jinetes, previendo lo que el niño iba á ejecutar, extiende su espada sobre la trinchera y hiere á Narciso en el brazo derecho.

"El niño, para no caer, se afianza de una estaca, y, rápido como el pensamiento que había concebido, toma la mecha encendida

que se hallaba allí enclavada y da fuego al cañón.

"Relampaguea la luz del fogonazo: el humo de la pólvora asciende por los aires: el disparo hace ensordecir los oídos y estremecer el piso, la trinchera y las casas de la calle....

"El Conde de Casa Rui cae herido y es llevado por los suyos para morir después. Algunos dragones muertos quedan al otro lado del parapeto; otros bien contusos, y todos acobardados, retroceden, huyen, dejando también el cadáver del que hirió al valiente, al sublime niño!

"Galeana, que ha logrado restablecer el orden, aparece en esos instantes en aquel callejón, que por algo se llamó "del Encanto," y tras de la trinchera abandonada, mira al niño herido, pero orgulloso, satisfecho y sonriente. Lo toma en brazos, lo estrecha con efusión y lo lleva ante el gran Morelos, á quien relata su acción heroica.

"Morelos sabía apreciar y premiar actos tan grandes como el de García Mendoza. También lo abraza y le señala un tostón diario como premio.

"Nosotros, los patriotas insurgentes, salvados aquel día por hechos tan memorables como los de aquel niño, lo paseamos triunfante por las principales calles de Cuautla; todavía manchadas sus ropas con la sangre de la herida que recibió en el brazo; gritándole entusiastas vivas y saludándole con atronadores aplausos, los habitantes del pueblo, los niños, las jóvenes decentes, las mujeres de nuestros soldados, éstos y nuestros jefes, incluso el gran Morelos...."

* * *

Así concluyó el viejo veterano la sencilla narración de aquel heroico episodio, que todavía no graba el cincel en mármoles, ni se ha fundido, como se debiera, en bronce inmortales.

LUIS GONZALEZ OBREGON.



EL SITIO DE LA ISLA DE MEXCALA.

I.

El viajero que recorre en la actualidad los hermosos alrededores del lago de Chapala, ó cruza sobre sus ondas azules, observa con tristeza y desconsuelo que en tan amenos sitios, nada indica esa agitación, ni ese movimiento, ni ese bienestar que trae consigo el progreso de nuestro siglo; no palpita allí indudablemente la vida moderna, no resplandece el trabajo en ninguna de sus manifestaciones. Un pueblo activo y culto hubiera hecho ya de lugares tan bellos, centro de civilización y de recreo al mismo tiempo: numerosos vapores cruzarían las hoy tranquilas aguas, en todas direcciones, llevando el comercio y la agricultura entre los poderosos Estados de Michoacán y Jalisco á un grado inmenso de prosperidad; las aldeas de indígenas que bordan las márgenes del lago, disfrutarían de todas las ventajas de una riqueza pública siempre en aumento, y Jalisco sería como otra Suiza escondida en las feraces tierras de México.

No fué ni podía ser éste el sueño deslumbrador de aquel sacerdote y aquellos pobres indios que derramaron su sangre durante cuatro años, con la fe y la constancia de los mártires de la antigüedad, en la isla de Mexcala; pero al pelear por la Independencia, ya entre el fragor de la batalla y el humo del combate, ora en medio de los crueles sufrimientos del sitio, el ham-

bre y la miseria, es claro que les alentaba la esperanza informe y confusa de conquistar para este país por el cual morían, todo género de bienes, todo linaje de venturas. No contaban con que sus pósteros se contentarían con la contemplación lírica de sus hazañas.

El recuerdo de ellas es muy vivo en aquellos lugares consagrados por la historia patria, pues como hemos dicho, todo se conserva en el mismo estado que en la época de la Independencia. Es cierto que en algunas haciendas de las que se encuentran diseminadas en las encantadoras riberas de ese lago, tan bello y delicioso como los de Escocia ó Norte América, se admiran todos los adelantos de la agricultura moderna; las máquinas prodigiosas, los nuevos arados; es verdad que un pequeñísimo vapor, hace la travesía semanalmente desde el pueblo de Chapala, á la ciudad de la Barca, recorriendo una parte del caudaloso Lerma; pero las demás embarcaciones que surcan aquellas históricas aguas, son todavía las mismas canoas toscas y pesadas de los insurgentes, de imperfectísimo velamen, y enormes remos, semejantes á los de los "drakar" escandinavos de la Edad Media; la piscicultura está en la infancia, y los indígenas que habitan en los pueblos del litoral yacen en el mayor abandono, en el más lamentable atraso, desconociendo en su rusticidad é ignorancia los rudimentos más esenciales de la educación social.

Y empero, á pesar de tan triste espectáculo, se llega con alegría á aquellas playas risueñas, teatro de inolvidables y santos recuerdos, y cuando á los primeros rayos de la aurora se ve brotar esbelta y gentil la isla de Mexcala, de las claras olas que la besan amorosamente, se olvida todo para consagrar el pensamiento entero á la epopeya de la Independencia.

II.

Todos los pueblos oprimidos sufren con aparente resignación los ultrajes y vejaciones de la tiranía, hasta que encuentran un

hombre, que teniendo suficiente prestigio é influencia en las masas, condensa en sí mismo las tímidas aspiraciones y los ideales de la muchedumbre. Vióse la realización de esta ley histórica en los infelices habitantes del litoral del lago, que harto sufrían con la crúdelísima dominación del General Cruz, esperando, no obstante, un caudillo que les guiase á la venganza. Y ese caudillo apareció en los últimos días de Octubre de 1813. Era Encarnación Rosas, el brioso vencedor de Recacho, que desde su célebre triunfo de La Barca, no había dejado de combatir al Gobierno virreinal, y que según afirma uno de sus biógrafos, era muy joven y vigoroso en aquella época.

Rosas empezó por defenderse con 60 ó 70 indios, del Capitán Don José M. Iñiguez, que con mayor número de realistas había sido enviado por Cruz para perseguirle, y que fué lastimosamente derrotado por los insurgentes; á los pocos días (10. de Noviembre de 1813) tuvieron éstos un nuevo encuentro con el Comandante de La Barca, Don José Antonio Serrato, y este combate, notable por lo reñido y por la saña y la crueldad desplegadas por los realistas, que entre otros arranques tuvieron el de incendiar el pueblo de San Pedro Ixcán, fué igualmente favorable á los defensores de la Independencia. Allí se le unió á Rosas, José Santa-Anna, otro de los que con él habían de ilustrar su nombre en la isla de Mexcala.

El desventurado Serrato huyó á Poncitlán con los maltratados restos de su incendiaria hueste, para refugiarse en los brazos de Don Rafael Hernández, que con tropas de Ocotlán, Atotonilco, Zapotlán del Rey, Arandas, Jamay y la Barca (*) se hallaba en condiciones de poder consolar á aquellos fugitivos. Allí le siguieron los incansables insurgentes de Rosas y Santa-Anna, enardecidos con sus victorias; y después de batallas rudas y sangrientas como las anteriores, lograron apoderarse del pueblo, ven-

(*) Pérez Verdía, "Apuntes históricos."

ciendo gloriosamente á las tropas realistas que lo ocupaban. No se detuvieron, sin embargo, en Poncitlán, temerosos de que cayera sobre ellos Negrete con fuerzas superiores, sino que, retirándose á la montaña, resolvieron esperar los acontecimientos y dar descanso por algunos días á sus intrépidos guerrilleros, manifestando así tanta prudencia en el triunfo, como arrojo en la batalla.

No fué Negrete, sino el Cura Alvarez, famoso por su sistema crematorio (*), con numerosos realistas, quien ocupó á Poncitlán al ser abandonado por los independientes, y él quien proporcionó á éstos no sólo los laureles de un cuarto triunfo, sino armas, municiones y elementos de guerra.

Tan rápidas victorias en tiempo tan breve, hicieron pensar seriamente al General Cruz, que desde aquel momento decretó el exterminio de aquellos osados indígenas, que con tan pocos miramientos trataban á las fuerzas del Rey, los cuales indígenas pensaron á su vez en defenderse en un punto seguro, eligiendo la isla de Mexcala, por indicación del señor Cura Don Marcos Castellanos, y se marcharon á aquel lugar á fines de Diciembre de 1813.

Tal fué la introducción, el preludio de esa Iliada que no intentaremos referir detenidamente. En los cuatro años que duró la defensa de aquella isla, célebre desde entonces en los anales de nuestra patria, diéronse nobilísimos ejemplos de heroicidad. Los jefes jaliscienses Santa-Anna y Rosas, valientes hasta la temeridad, infatigables, serenos, escuchando los sabios consejos del señor Cura Castellanos, hombre que, como

(*) el Cura Alvarez, á quien llamaban el "Cura chicharronero," porque tenía la bárbara costumbre de quemar vivos á muchos de los desgraciados á quienes hacía prisioneros. A este Cura lo nombró el Rey en premio de sus inauditas crueldades, Canónigo de la Catedral de Durango, pero el Cabildo de aquella ciudad tuvo el buen sentido de no admitirle.—Pérez Verdia.

dice el señor Zárate, estaba dotado de talentos militares y abrigaba en su corazón un culto sagrado por la Independencia (*) realizaron proezas muy bizarras.

En vano los jefes realistas, con su ingénita vanidad, acampaban incesantemente en las humeantes ruinas de los pueblos de las riberas del lago; en vano el General Cruz enviaba ejércitos y armadas á intimar la rendición de la isla; en vano se traían lanchas cañoneras y marinos de San Blas, y cañones de la barranca de Mochitiltic.

Allí, delante de aquel islote defendido por escaso número de indios mal fortificados y peor armados, se estrellaron los constantes esfuerzos de Don Angel Linares, de Alvarez, del célebre Don Pedro Celestino Negrete, del renombrado marino Don Felipe García, de Navarro, de Murga y de otros muchos. Mil veces las puras aguas del manso lago se tñieron con la sangre de terribles batallas; mil veces los insurgentes salieron en busca de provisiones, señalando su presencia en los alrededores con gloriosísimos triunfos; el mismo General Cruz quiso ir á presenciar con sus propios ojos aquella heroica, aquella inmortal resistencia que juzgaba fabulosa. Siempre que los jaliscienses abramos la historia patria, en el capítulo de la defensa de la isla de Mexcala, debemos extremecernos de orgullo!

Al anunciar el Virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814, vanidosamente, los grandes triunfos alcanzados por sus soldados en el primer semestre de aquel año, decía lo siguiente, que llena de gloria á los insurgentes de Mexcala: "... en todo el Reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, "la que no tardará en ser su sepulcro." Calleja era un mal profeta, pues la portentosa defensa de Mexcala se sostuvo hasta Noviembre de 1816.

Y hasta para caer fueron grandes y nobles tan sublimes patriotas. Viendo que ya

(*) "México á través de los siglos," Tom. III, Pag. 532.

era insostenible la defensa de la isla, por que una epidemia atroz y el hambre hacían estragos horribos en la guarnición, resolvieron á capitular, y Don Marcos Castellanos pactó con el General Cruz una capitulación, que le honrará eternamente.

Obligóse por ella el Comandante del ejército y de la provincia de Nueva Galicia, á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno los Sacramentos; á exceptuarlos á todos del "tributo;" á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar Gobernador de la isla á José Santa-Anna y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones. (1)

III.

Esa capitulación, que se firmó el 25 de Noviembre de 1816, fué, dice el señor Zárate, la primera que en aquella guerra exterminadora y sin cuartel, concedieron los realistas á los partidarios armados de la Independencia. (2)

"Los denodados defensores de aquel peñón, añade otro historiador, vieron con suma tristeza acto semejante, pudiendo sólo conformarlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: el hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habíanse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella, y los que se rindieron estaban en tal estado de extenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz "tres mil" cargas de maíz."

(1) Pérez Verdía. Ob. citada.

(2) "México á través de los siglos," tom. III., pág. 542.

El General Cruz cumplió religiosamente lo pactado, respetando su palabra. ¡Y qué regocijo produjo en los partidarios del Gobierno Virreinal la estupenda noticia de aquella rendición, que se juzgaba imposible, y se reputó, en consecuencia, milagrosa!

¿Qué fué de aquellos héroes valerosos, defensores del Mexcala? ¿Cómo terminaron su vida los oscuros campeones de aquella santa causa, los colaboradores ilustres en la formación de la patria mexicana?

"No hay noticias, nos dice la historia, de qué Encarnación Rosas sobreviviera á la rendición de la Isla, y quizá halló la muerte en uno de tantos combates como se libraron en las costas y sobre las ondas del lago. El padre Castellanos volvió á su Curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años despues de consumada la Independencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía, viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas. También el valiente José Santa-Anna, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, vivió en la obscuridad y en la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852."

La historia no les olvidará jamás, y su patriotismo noble y desinteresado será el ejemplo de la generación actual y de las venideras.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

Guadalajara, 1898.